

PROJECTE DE FORMACIÓ 2,2

La persona es como un castillo habitado

La persona es criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, goza de "gran dignidad, hermosura y capacidad". "No está hueca por dentro", sino habitada en su interior por el mismo Dios, quien pacientemente espera el momento oportuno para el encuentro.

Es como un *castillo* con muchas estancias, que ella misma ha de recorrer, no de forma lineal sino circular. Las diferentes *moradas* expresan los distintos niveles de relación personal con Dios y consigo misma, con las personas y con el mundo.

Esencial para este viaje hacia el interior es el conocimiento propio. Teresa advierte que "no debemos poner los ojos en nuestra miseria y límites" o en nosotras mismas, sino en "Cristo nuestro, Bien". Ya que sólo en la relación con Dios, la persona va reconociendo su identidad, el misterio de su libertad y el deseo, que le hace salir de sí. La Santa nos advierte también de un peligro que Ella conoce por experiencia: es posible vivir al margen de nuestra realidad más honda. Podemos incluso negarnos al Amor, cerrándonos sobre nosotras mismas.

Toda persona experimenta el conflicto, el límite humano, la tentación de autoengaño, el pecado radical. De ahí la necesidad de hacer el camino siempre acompañadas. Dios es quien, desde el centro, dinamiza el proceso. Pero necesitamos testigos que nos ayuden en el discernimiento de lo que Dios va obrando en nosotras. El avance no se produce por nuestros méritos o esfuerzos personales, sino cuando asumimos el riesgo de amar y confiar.

Teresa nos situa en una antropología de éxodo o de salida, frente a una antropología del autocentramiento. Entiende a la persona en un doble movimiento: entrar dentro de sí, tomar conciencia de quién soy y con quiénes vivo; aceptar mi realidad y la del otro/otra. Y a la vez, salir de una misma. Vivir en relación creciente de entrega, de compartir lo mejor de sí generando relaciones nuevas.

LA PERSONA ES UN SER PRECIÓS ON DÉU VOL HABITAR

SALM 131

Jahvè, recordeu-vos de David
i de tot el seu zel,
del jurament que va fer a Jahvè,
prometent al Poderós de Jacob:

«No entraré sota el sostre de casa,
no aniré al llit a descansar,
no deixaré que se m'adormin els ulls,
que la son m'acluqui les parpelles,
fins que hauré trobat un lloc per a Jahvè,
un casal per al Poderós de Jacob».

Hem trobat l'arca a la plana de Jàar,
hem sabut que és al poble d'Efrata.
Entrem, doncs, a casa seva,
veneren l'escambell dels seus peus.

Alceu-vos, Jahvè, veniu al lloc on heu de quedar-vos
amb l'arca del vostre poder.
Que els sacerdots es vesteixin de festa
i esclatin els fidels en crits d'alegria.

Jahvè s'estima la ciutat de Sió,
l'ha escollida per fer-hi estada:
«És aquí on vull quedar-me per sempre,
m'agrada, hi vull residir».

I M 1, 1.3.5.7

Se me ofreció considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues El mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza.

Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima.

No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura: todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos que este castillo tiene -como he dicho muchas moradas, unas en lo alto, otras embajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es

adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vayáis advertidas a esta comparación. Quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, cuánto más quien es tan ruin como yo; porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere, saber que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad; que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan, tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor; y amar una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa.

Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. - Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es. [...] 7. Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración, no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración.